

La Revolución (6 Agosto 1870): “El miedo a la anarquía”

¡Funesta, funesta educación! Ni con diez siglos de expiación pagará España el daño que ha hecho a los pueblos de su raza que viven en el continente y en las islas.

Nos han educado en una maquina pneumática, y cuando hemos salido de la máquina, admirados de respirar aún, hasta del aire libre tenemos miedo.

Nos han educado en una mazmorra, y cuando salimos a la luz, nos espantamos de ella, y no vemos los objetos como la luz nos los presenta, sino como puede soportarlos nuestra retina.

Nos han educado en un desierto, y cuando venimos a la vida de la sociedad, nos espantamos de los hombres, porque no los conocemos, los juzgamos mal porque siempre ignoramos los estímulos a que obedecen o los juzgamos bien porque corresponden al interés o a la pasión que nos domina.

Nos han educado en una penitenciaría blanco perpétuo de una vigilancia suspicaz, perpétuas víctimas de una autoridad exclusiva—por exclusiva, mala—todos obedientes a la fuerza, todos adoradores del poder, teniendo un contrario en el hermano, un delator en el amigo, un espía en el desconocido, un hombre inútil en lo pobre, un ser eminente en el rico, un semi-Dios en el influyente, un Dios en el poderoso, un rebelde en el digno, un malvado en el independiente—y cuando todos nos hemos convencido de que era malo cuanto hacíamos, pensábamos, sentíamos y queríamos, porque todo estaba hecho, pensado, sentido y querido bajo el influjo dañino de la infame educación que recibíamos; cuando tuvimos virilidad bastante, dignidad bastante, previsión suficiente y suficiente energía para rechazar la coyunda abrumadora, nos encontramos con todos los hábitos de la penitenciaría; con las mismas preocupaciones de la clausura forzada en que vivamos.

Nos han educado en la desconfianza de lo bueno y de lo malo, mas de lo bueno que de lo malo, y somos absoluta, absolutamente incapaces de creer en el bien desinteresado, y más incapaces todavía de combatir frente a frente con el mal.

Nos han educado en la escuela de Loyola, y hemos sacado de ella toda la doblez, y toda la ductilidad, toda la fragilidad de conciencia, todo el arte menguado de las segundas intenciones.

Nos han educado en un *barracón*, esclavos miserables de un amo sin entrañas, y cuando hemos salido a la calle de la libertad, hemos temido un amo en cada uno de los poderosos que velamos.

¡Ah, miserable España! Si hay una expiación para los pueblos, como dicen que hay para los individuos, largamente, madrastra, largamente expiarás tu conducta criminal en las colonias. El error de la providencia al confiarte la educación de pueblos nuevos, nosotros lo pagamos; pero tu pagarás el crimen de haber hecho desgraciadas indefinidas generaciones de hombres.

Las generaciones de tres siglos y la actual. La independencia nos dará el remedio y la libertad nos dará la salvación; pero entre tanto, subsisten los errores, permanecen los vicios funestos de la tristeza.

Y es uno de ellos el de suponernos tan débiles, tan impotentes, tan incapaces de resistencia contra el mal, por sentirnos incapaces de recursos contra él, que en el momento en que un hombre se sale del trazado ideal de las revoluciones, y entra en la línea generalmente recorren los hombres que solo tienen ambición—nos ponemos a gritar desesperadamente: “¡Anarquía! ¡Que viene la anarquía!”—como gritamos temblando: “¡Anarquía! ¡Que viene la ola!”, cuando de pronto se enfurece el mar en que tranquilamente nos bañamos.

No, ni la anarquía ni otro algún mal viene sobre los pueblos, cuando los pueblos no quieren, y mucho menos porque quiera un hombre, sea el que fuere, y menos aún, cuando no hay hombre que quiera, pueda o sepa hacer lo que han hecho en circunstancias distintas, hombres distintos, y cuando, gracias a Dios y al porvenir de Cuba, todavía estamos a tiempo de repetir el artículo de hace siete meses en que, contestando a un periódico americano que deseaba para nosotros genio militar, le dábamos las gracias y esquivábamos cortésmente el buen deseo.